

LAS MISERICORDIAS DE GRAN BRETAÑA Y SU DEBER¹

Sermón No.6

Traducción: estudialapalabra.org

***“Para que guardasen sus estatutos, y cumpliesen sus leyes.”
Salmos 105:45***

Hombres, hermanos y padres, y todos vosotros a quienes voy a predicar el reino de Dios, supongo que no es necesario que se os informe, que, estando indispensablemente obligado a estar ausente en vuestro último día de acción de gracias, no pude mostrar mi obediencia a la proclamación del gobernador, según mi propia inclinación me guiase, o como justamente pudiera esperarse y exigirse de mí. Pero como la ocasión de la acción de gracias de ese día aún está fresca en nuestra memoria, y confío que siempre lo estará, no puedo pensar que un discurso sobre ese tema pueda ser del todo inoportuno incluso ahora. Doy por sentado, además, que no es necesario que se le informe, que entre los diversos motivos que generalmente se instan a imponer la obediencia a los mandamientos divinos, el del amor es el más poderoso y convincente. Los terrores de la ley pueden espantar y sobrecoger, pero el amor disuelve y derrite el corazón. “El amor de Cristo”, dice el gran apóstol de los gentiles, “nos constriñe”. Es más, el amor es tan absolutamente necesario para aquellos que pronuncian el nombre de Cristo, que, sin él, su obediencia no puede ser verdaderamente evangélica, ni aceptable a los ojos de Dios. “Aunque (dice el apóstol) reparta todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y aunque entregue mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor”, (es decir, a menos que el amor sincero a Dios y a la humanidad por causa de su gran nombre, sea el principio de tales acciones, sin embargo, puede beneficiar a otros) “de nada me sirve.” Este es el lenguaje constante de los oráculos vivos de Dios. Y de ellos es igualmente claro, que nada tiene mayor tendencia a engendrar e incitar en nosotros tal amor obediente, que una seria y frecuente consideración de las múltiples misericordias que recibimos una y otra vez de los lazos de nuestro Padre celestial. El salmista real, que tuvo el honor de ser llamado “el hombre conforme al corazón de Dios”, tuvo una abundante experiencia de esto, por eso es que mientras reflexiona sobre la bondad divina, el fuego del amor divino se enciende en su alma; y, de la abundancia de su corazón, su boca habla un lenguaje tan agradecido y extático como este: “¿Qué daré al Señor por todas sus misericordias? Bendice al Señor, oh alma mía, y todo lo y todo lo que hay en mí, bendice su santo nombre”.

¹ Predicado en Filadelfia, el domingo 14 de agosto de 1746 y Ocasionado por la Supresión de la Última Rebelión Antinatural

¿Y por qué? "quien perdona todas tus iniquidades, quien sana todas tus dolencias, quien redime tu vida de la destrucción, quien te corona con amorosa bondad y tiernas misericordias." Y cuando el mismo santo varón de Dios tuvo la intención de incitar al pueblo de los judíos a emprender una reforma nacional, como el argumento más importante y prevaleciente que podía usar para ese propósito, les presenta, por así decirlo, en un borrador, muchas misericordias nacionales y distinguidas liberaciones, que les han sido conferidas y obradas por el Dios Altísimo. El salmo al que pertenecen las palabras de nuestro texto, es una prueba fehaciente de esto; siendo una especie de epítome o compendio de toda la historia judía; al menos contiene una enumeración de las señales del hombre y de las bendiciones extraordinarias que los israelitas habían recibido de Dios, y también la mejora que tenían el deber de hacer de ellas, "Observad sus estatutos y guardad sus leyes."

Repasar todos los detalles del salmo, o trazar un paralelo (que podría hacerse con gran facilidad y justicia) entre el trato de Dios con nosotros y los israelitas de la antigüedad; para enumerar todas las mercedes nacionales concedidas y las notables liberaciones forjadas para los reinos de Gran Bretaña e Irlanda, desde el estado infantil de Guillermo el Normando hasta su edad adulta actual, y más que Augusto, bajo el auspicioso reinado de nuestro legítimo Rey Soberano Jorge el segundo; por placentera y provechosa que pudiera ser en cualquier otro momento, en esta coyuntura resultaría, si no fastidiosa, sí irrazonable.

La ocasión de la solemnidad tardía, me refiero a la supresión de una rebelión de lo más horrible y antinatural, proporcionará materia más que suficiente para un discurso de esta naturaleza, y nos proporcionará abundantes motivos para amar y obedecer a ese glorioso Jehová, que da salvación a los reyes, y libra a su pueblo de la espada hiriente.

¿Necesito presentar una disculpa, ante esta audiencia, si, para ver la grandeza de nuestra liberación tardía, debo recordarles las muchas bendiciones inefables que hemos disfrutado durante el transcurso de los años, durante el reinado de Su Majestad actual, y la gentil administración bajo la cual vivimos? Sin incurrir justamente en la censura de otorgar títulos halagadores, creo que todos los que tienen ojos para ver y oídos para oír, y están un poco familiarizados con nuestros asuntos públicos, deben reconocer que tenemos uno de los mejores reyes. Hace ya más de diecinueve años que comenzó a reinar sobre nosotros. Y, sin embargo, si estuviera sentado en un trono real, y todos sus súbditos fueran colocados ante él, debía dirigirse a ellos como Samuel una vez se dirigió a los israelitas: ""He aquí que soy viejo y canoso, atestiguad contra mí ante el Señor, ¿de quién he tomado el buey? ¿a quién le he quitado el buey? ¿a quién le he quitado el asno? ¿o a quién he defraudado? ¿A quién he oprimido? Deben, si quieren hacerle justicia, dar la misma respuesta que le dieron a Samuel: "No nos defraudaste, ni nos oprimiste".

Lo que Tertulio, a modo de adulación, le dijo a Félix, puede aplicarse con la más estricta justicia a nuestro soberano: "Por ti disfrutamos de gran tranquilidad, y obras muy dignas se han hecho a nuestra nación por tu providencia". Ha sido en verdad Pedro Patria, padre de nuestra patria, y aunque viejo y canoso, ha puesto en peligro su preciosa vida por nosotros en las alturas del campo. No ha merecido menos el título grande y glorioso que el Señor promete que los reyes sostendrán en los postreros días, es decir, "un padre enfermero de la iglesia". Porque no sólo la Iglesia de Inglaterra, como lo establece la ley, sino todas las denominaciones de cristianos, cualesquiera que sean, han disfrutado de sus libertades religiosas y civiles. Así como no ha habido opresión autorizada en el estado, tampoco ha habido persecución públicamente permitida en la iglesia. ¿Respiramos de hecho aire libre? Tan libre (si no mejor) tanto en lo temporal como en lo espiritual, como cualquier nación bajo el cielo. Tampoco es probable que la perspectiva termine con la muerte de su majestad, que ruego a Dios que posponga. Nuestras princesas son entregadas a los poderes protestantes. Y tenemos grandes razones para estar seguros de que el actual heredero y su consorte tienen la misma mentalidad que su padre real. Y no puedo dejar de pensar que es una bendición peculiar que nos ha concedido el Rey de reyes, que su actual Majestad haya continuado tanto tiempo entre nosotros. Por ahora, su sucesor inmediato (aunque su situación actual lo obliga, por así decirlo, a permanecer dormido) tiene grandes y gloriosas oportunidades, que tenemos razones para pensar que mejora día a día, de observar y sopesar los asuntos nacionales, considerando los diversos pasos y giros de gobierno, y en consecuencia de depositar en un gran fondo de experiencia, para hacer de él un príncipe sabio y grande, si alguna vez Dios lo llamara para dominar el cetro británico. ¡Feliz eres tú, oh Inglaterra! ¡Feliz eres tú, oh América, que por todos lados eres tan favorecida!

¡Pero Ay! ¡Cuán pronto habría cambiado esta escena feliz, y una perspectiva melancólica y sombría habría tenido éxito en su lugar, si los jolgorios hubiesen ganado su punto, y un pretendiente abjurado del Papa hubiera sido forzado al trono británico! Porque, suponiendo que su nacimiento no fuera espurio (como tenemos grandes razones para pensar que realmente lo fue), ¿qué podríamos esperar de uno, descendiente de un padre que, cuando era duque de York, puso a toda Escocia en confusión? Y, luego, cuando fue coronado rey de Inglaterra, por su gobierno arbitrario y tiránico, tanto en la iglesia como en el estado, fue justamente obligado a abdicar del trono por los afirmadores de la libertad británica? O, ¿suponiendo que el horrible complot, tramado por primera vez en el infierno, y después alimentado en Roma, hubiera tenido lugar? Suponiendo, digo, que el viejo Pretendiente hubiera obtenido la triple corona, y hubiera transferido su pretendido título (como se dice que lo ha hecho) a su hijo mayor, ¿para qué sirvió todo esto, sino que, al ser adelantado al papado, podría gobernar tanto a los hijos como a los súbditos con menos control, y por su interés común, mantener los tres reinos de Inglaterra, Escocia e Irlanda, en mayor vasallaje a la sede de Roma?

Desde que estalló esta rebelión antinatural, he considerado al joven pretendiente como el faetón (vehículo) de la era actual. Pretende ambiciosa y presuntuosamente sentarse en el trono de nuestro legítimo soberano, el rey Jorge, que no es más capaz de mantener el faetón para guiar el carro del sol; y si hubiera tenido éxito en su intento, como él, solo habría incendiado el mundo.

Es cierto que, para hacerle justicia, se ha merecido bien de la Iglesia de Roma y, con toda probabilidad, será canonizado de ahora en adelante entre la noble orden de sus santos ficticios. Pero, con qué vara de hierro podríamos esperar haber sido magullados, si sus tropas hubieran obtenido la victoria, puede deducirse fácilmente de estas crueles órdenes que se dice que se encuentran en los bolsillos de algunos de sus oficiales: "No deis cuartel a las tropas del Elector" Añádase a esto que había grandes razones para sospechar que, a la primera noticia del éxito de los rebeldes, se pretendía una masacre general. De modo que, si el Señor no hubiera estado de nuestro lado, Gran Bretaña, por no decir América, habría sido, en unas pocas semanas o meses, un Aceldama, un campo de sangre.

Además, era un pretendiente papista para gobernarnos, en lugar de estar representado por un parlamento libre y gobernado por leyes hechas con su consentimiento, como lo estamos ahora; en breve deberíamos haber tenido sólo la sombra de uno, y puede que no sea ningún parlamento. Este es el producto nativo de un gobierno papista, y a lo que siempre ha apuntado la familia infeliz, de la que este joven aventurero pretende descender. Principios arbitrarios que ha ingerido con la leche de su madre, y si hubiera sido tan honesto, en lugar de ese lema inmaduro sobre su estandarte, Tandem triunfante, solo para haber dicho, Sret pro ratient Vahmitat, nos hubiera dado un breve, pero verdadero retrato de la naturaleza de su pretendido, pero bendito sea Dios, ahora un derrotado reinado. ¿Y por qué debo mencionar que el hundimiento de la deuda nacional, o el despojo de la propiedad financiada del pueblo, y la disolución de la actual unión feliz entre los dos reinos, habrían sido las consecuencias inmediatas de su éxito, como él mismo declara en su segundo manifiesto, fechado en Casa Santa? Estos son males, y también grandes; pero entonces son sólo males de naturaleza temporal. Conciernen principalmente al cuerpo y necesariamente deben terminar en la tumba.

¡Pero Ay! ¡Qué inundación de males espirituales habría desbordado pronto la Iglesia, y a qué peligro indecible habríamos sido reducidos nosotros y nuestra posteridad con respecto a nuestras mejores partes, nuestras preciosas e inmortales almas! ¡Cuán pronto enjambres enteros de monjes, dominicos y frailes, como tantas langostas, se habrían extendido y asolado la nación; ¿Con qué velocidad alada se habrían desplazado los obispos titulares extranjeros, para tomar posesión de sus respectivos honorarios? ¿Con qué rapidez nuestras universidades se habrían llenado de jóvenes que han sido enviados al extranjero por sus padres papistas, para beber en todas las supersticiones de la iglesia de Roma?

¿Qué período tan rápido se habría puesto a las sociedades de todo tipo, para promover el conocimiento cristiano y propagar el evangelio en el extranjero? ¡Cuán pronto nuestros púlpitos se habrían llenado por todas partes con estas antiguas doctrinas anticristianas, el libre albedrío, el mérito por las obras, la transubstanciación, el purgatorio, las obras de supererogación, la obediencia pasiva, la no resistencia y todas las demás abominaciones de la ramera de Babilonia! Qué pronto nuestras escuelas protestantes de caridad en Inglaterra, Escocia e Irlanda habrían sido derribadas, nuestras Biblias nos serían arrebatadas a la fuerza, y la ignorancia en todas partes sería erigida como la madre de la devoción. Cuán pronto debimos haber sido privados de esa invaluable bendición, libertad de conciencia, y obligados a comenzar (lo que falsamente llaman) católicos, o a someterse a todas las torturas que un celo intolerante, guiado por los principios más crueles, podría posiblemente inventar. ¡Qué tan pronto esa madre de las rameras se habría emborrachado una vez más con la sangre de los santos!

Y toda la tribu, incluso los propios librepensadores, ha sido llevada a este dilema, o morir mártires (aunque nunca he oído hablar de uno que lo haya hecho) o, contrariamente a todos sus principios más declarados, renunciar a su gran Diana, sin ayuda de la razón no ilustrada. Pero debo hacerlo, no sea que mientras hablo contra el anticristo, yo mismo caiga desprevenido, y lleve a mis oyentes a un espíritu anticristiano. La religión verdadera e inmaculada regulará nuestro celo y nos enseñará a tratar incluso al hombre de pecado con un lenguaje no más duro que el que el ángel le dio a su gran jefe Satanás: "Jehová te reprenda".

¡Gloria al gran nombre de Dios! El Señor lo ha reprendido; y eso también en un momento en que teníamos pocas razones para esperar tal bendición de manos de Dios. Mis queridos oyentes, ni el estado actual de mi corazón, ni la ocasión de su reunión solemne tardía, me llevan a darles un detalle de nuestros vicios públicos. Aunque, ¡ay! son tantos, tan notorios, y además de un tinte carmesí, que un ministro del evangelio no sería del todo inexcusable, si él, incluso en una ocasión tan alegre, alzara su voz como una trompeta, para mostrar a los británicos nación su transgresión, y el pueblo de América su pecado. Sin embargo, aunque no arrojaría una sombra tenebrosa sobre el cuadro agradable que la causa de nuestros regocijos tardíos nos presenta; sin embargo, tanto puede y debe decirse que, así como Dios no ha tratado con tanta generosidad con ningún pueblo como con nosotros, ninguna nación bajo el cielo ha tratado con Él de manera más desagradecida.

Hemos sido como Capernaum, elevados al cielo en privilegios, y por el abuso de ellos, como ella, hemos merecido ser arrojados al infierno. Por muy bien que nos vaya, con respecto a nuestra constitución civil y eclesiástica, sin embargo, con respecto a nuestra moral, la descripción de Isaías de la política judía es demasiado aplicable: "Toda la cabeza está enferma, todo el corazón está desfallecido; desde la coronilla de la cabeza hasta la planta de los pies, estamos llenos de heridas y magulladuras, y de llagas putrefactas."

Hemos, como Jesurún, engrosado y tirado coces. Hemos jugado a la ramera contra Dios, tanto en lo que respecta a los principios como a las prácticas. "Nuestro oro se ha oscurecido, y nuestro oro fino se ha mudado". Hemos crucificado de nuevo al Hijo de Dios, y lo hemos expuesto a vergüenza. Más aun, Cristo ha sido herido en la casa de sus amigos. Y todo hace mucho tiempo parecía amenazar con una tormenta inmediata, pero, ¡oh, la longanimidad y la bondad de Dios para con nosotros! Cuando todas las cosas parecían maduras para la destrucción, y las cosas llegaron a tal crisis, que el pueblo de oración de Dios comenzó a pensar que, aunque Noé, Daniel y Job vivían, solo librarían sus propias almas; sin embargo, entonces, en medio del juicio, el Altísimo se acordó de la misericordia, y cuando un enemigo papista irrumpía sobre nosotros como una inundación, el Señor mismo, en su gracia, levantó un estandarte.

Esta no me parece una de las circunstancias más desfavorables que han acompañado a esta poderosa liberación; ni creo que lo considere como una circunstancia totalmente indigna de su observación. Si esta cocatriz hubiera sido realmente aplastada en el huevo, y el joven Pretendiente hubiera sido rechazado a su primera llegada, sin duda habría sido una gran bendición. Pero no tanto como aquél por el cual os reunisteis últimamente para dar gracias a Dios; porque entonces Su Majestad no hubiera tenido tan buena oportunidad de conocer a sus enemigos, o probar a sus amigos. Los súbditos británicos habrían perdido en cierto modo la ocasión más justa que jamás se haya ofrecido para expresar su lealtad y gratitud al legítimo soberano. Francia no se habría sentido tan humillada; ni se ha puesto fin tan efectivo, como confiamos ahora, a ningún otro complot papista para tomar todo lo que es cercano y querido para nosotros. "Del que come, pues, sale comida, y del fuerte sale dulzura." El hijo mayor del Pretendiente no solo se permite desembarcar en las tierras altas de noroeste de Escocia, sino que en poco tiempo se convierte en una gran banda. Esto por un tiempo no se cree, pero se trata como algo completamente increíble. Los amigos del gobierno de aquellos lugares, no por falta de lealtad, sino de suficiente autoridad para tomar las armas, no pudieron resistirlo. Se le permite pasar con sus terribles bandidos y, como el cometa que se vio recientemente, extiende sus funestas influencias a su alrededor. También se le permite obtener un triunfo de corta duración mediante una victoria sobre un cuerpo de nuestras tropas en Prestan-Pans, y tomar posesión temporal de la metrópoli de Escocia. De esto se jacta, e informa al público, que "Hasta ahora la Providencia lo había favorecido con un éxito maravilloso, lo había conducido por el camino de la victoria y a la capital del antiguo reino, aunque llegó sin ayuda extranjera". Más aun, se le permite presionar en el mismo corazón de Inglaterra, pero ahora el Todopoderoso se interpone. Hasta aquí debía ir, y no más allá. Aquí debían detenerse sus maliciosos designios. Sus tropas de repente son rechazadas, se marchan a las Tierras Altas, y allí se les permite no sólo aumentar, sino también juntarse en un gran cuerpo, que, teniendo, por así decirlo, lo que Calígula una vez deseó que Roma tuviera, pero un mástil, podría ser cortado de un solo golpe

Este tiempo, modo e instrumentos de esta victoria, merece nuestra atención. Fue en un día de ayuno general, cuando el clero y la buena gente de Escocia lamentaban la deslealtad de sus pérfidos compatriotas y, como Moisés, levantaban la mano para que Amalec no prevaleciera. La victoria fue total y decisiva. Poca sangre se derramó del lado de los realistas. Y, para colmo, el duque Guillermo, el hijo menor de Su Majestad, tiene el honor de primero hacer retroceder y luego derrotar al ejército rebelde. Un príncipe, que, en su infancia y juventud, dio pruebas tempranas de una valentía y nobleza de espíritu fuera de lo común; un príncipe, cuyo coraje ha aumentado con sus años. Quien regresó herido de la batalla de Dettingen, se comportó con sorprendente valentía en Fontenoy, y ahora, por una conducta y magnanimidad propias del alto cargo que sostiene, como su glorioso predecesor, el Príncipe de Orange, ha librado a tres reinos del temor de la crueldad papista y el poder arbitrario. Lo que lo hace aún más notable es que el día en que Su Alteza obtuvo esta victoria, fue el día después de su cumpleaños, cuando entraba en el año 26 de su edad; y cuando Sullivan, uno de los miembros del consejo privado del Pretendiente, como otro Abitafel, aconsejó a los rebeldes que dieran batalla a nuestros soldados, suponiendo que estaban hartos y sobrecargados con sus regocijos de ayer y, en consecuencia, incapaces de hacer una gran resistencia contra ellos. Pero, ¡gloria a Dios, que sorprende a los sabios en su propia astucia! Su consejo, como el de Ahitafel, resulta fallido. Tanto el general como los soldados estaban preparados para recibirlos. "Dios adiestró sus manos para la batalla, y sus dedos para la guerra", y trajo al duque, después de una merecida matanza de algunos miles de rebeldes, con la mayoría de sus valientes soldados, victoriosos del campo.

Si entonces tomamos una visión distinta de esta notable transacción, y la rastreamos en todas las circunstancias particulares que la han acompañado, creo que debemos confesar con un solo corazón y voz, que si es una misericordia para un estado ser librado de una peor que una conspiración de Catilina, o para una iglesia a ser rescatada de una persecución más caliente que la de Diocleciano; si es una misericordia ser librado de una religión que convierte arados en espadas y podaderas en lanzas, y hace meritorio derramar sangre protestante; si es una misericordia tener todos nuestros invaluable privilegios actuales, tanto en la iglesia como en el estado, asegurados para nosotros más que nunca; si es una misericordia que se hagan estas grandes cosas por nosotros, en un momento en que, por nuestros pecados clamorosos, tanto la iglesia como el estado merecían ser derrocados con justicia; y si es una misericordia hacer que todo esto nos sea hecho, bajo Dios, por uno de la sangre real, un príncipe actuando con una experiencia muy superior a su edad; si alguna, o todas estas son misericordias, entonces habéis conmemorado recientemente una de las mayores misericordias que jamás el glorioso Dios concedió a la nación británica.

¿Y no nos regocijaremos y daremos gracias? Si nos negáramos, ¿no gritarían las piedras contra nosotros? Regocijarnos entonces podemos y debemos, pero, oh, que nuestro regocijo sea en el Señor, y corra en un canal religioso.

Esto, encontramos, ha sido la práctica del pueblo de Dios en todas las épocas. Cuando quiso, con mano fuerte y brazo extendido, guiar a los israelitas a través del Mar Rojo, como en tierra seca, "Entonces cantó Moisés y los hijos de Israel; y Miriam la profetisa, hermana de Aarón, tomó un pandero en su mano, y todas las mujeres salieron tras ella. Y Miriam les respondió: Cantad al Señor; porque ha triunfado gloriosamente." Cuando Dios subyugó a Jabín, el rey de Canaán, ante los hijos de Israel, entonces Débora y Barac cantaron en aquel día, diciendo: "Alabado sea el Señor por la venganza de Israel". Cuando el arca fue devuelta de las manos de los filisteos, David, aunque era rey, danzó delante de ella. Y, para mencionar sólo un caso más, que puede servirnos como un directorio general en esta y otras ocasiones semejantes; cuando el gran Cabeza de la iglesia había rescatado a su pueblo de la masacre general que se proponía ejecutar sobre ellos por un cruel y el ambicioso Amán, "Mardoqueo envió cartas a todos los judíos que estaban en todas las provincias del rey Asís, tanto de cerca como de lejos, para establecer entre ellos que guardaran el día catorce del mes de Adar, y el día quince del mes de el mismo año, como los días en que los judíos descansaron de sus enemigos, y el mes que les fue cambiado de tristeza en alegría, y de luto en día bueno, para que los hicieran días de fiesta y de alegría, y de envío de porciones unos a otros, y dádivas a los pobres." ¿Y por qué no deberíamos nosotros hacer lo mismo? ¿Y no deberíamos también, en tal ocasión, expresar nuestra gratitud y hacer una mención honorífica de aquellos dignos que se han señalado y han estado dispuestos a sacrificar vidas y fortunas en esta coyuntura crítica?

Esto sería hacer el papel de esos israelitas desagradecidos, que están señalados en el libro de Dios, por no mostrar bondad a la casa de "Jerub-baal, a saber, Gedeón, conforme a todo el bien que él hizo con Israel". Incluso un Faraón podría preferir a un José que lo mereciera, Asuero a Mardoqueo y Nabucodonosor a Daniel, cuando fueran instrumentos de servicio destacado para ellos mismos y para el pueblo. "Mi corazón, dice Débora, está hacia (es decir, tengo una particular veneración y respeto por) los Gobernadores de Israel que se ofrecieron voluntariamente. Y bendita entre las mujeres será Jael, mujer de Heber el quenita; porque ella puso su mano en el clavo, y su mano derecha en el martillo de obrero, y con el martillo hirió a Sísara, le cortó la cabeza, cuando le había traspasado y atravesado las sienes." ¿Y no diremos, "Bendito sobre los hombres sea Su Alteza Real el Duque de Cumberland; porque a través de su instrumento, el grande y glorioso Jehová ha hecho que sucedan poderosas cosas?" ¿No deberían estar nuestros corazones hacia el digno arzobispo de Tirk, los Royal Hunters y esos otros héroes ingleses que se ofrecieron tan voluntariamente? Que los nombres de Blakeney, Bland y Rea, y todos aquellos que se hicieron valientes en la lucha en esta importante ocasión, vivan para siempre en los anales británicos. Y que el nombre de ese grande, de ese incomparable bravo soldado del Rey, y buen soldado de Jesucristo, Coronel Gardiner, (disculpen si aquí se me salta una lágrima; era mi íntimo amigo) que su nombre, digo, sea tenido en el recuerdo eterno.

Pero, después de todo, ¿no hay una deuda infinitamente mayor de gratitud y alabanza que debemos, en esta ocasión, a Aquel que es más alto que lo más alto, incluso el Rey de reyes y Señor de señores, el bendito y único Potentado? ¿No es su brazo, su brazo fuerte y poderoso (cualesquiera que sean los instrumentos que se hayan utilizado) el que nos ha traído esta salvación? ¿Y no puedo, por tanto, dirigirme a vosotros, en el lenguaje exultante del comienzo de este salmo, del que hemos tomado nuestro texto? "Dad gracias al Señor, invocad su nombre, haced notorias sus obras entre los pueblos. Cantad a Él; cántenle salmos; hablad de todas sus maravillas; gloriaos en su santo nombre; acordaos de la obra maravillosa que ha hecho."

Pero, ¿dejaremos de lado a nuestro bueno y gracioso benefactor con meras palabras? Dios no lo quiera. Su digno Gobernador ha honrado a Dios en su última excelente proclamación, y Dios lo honrará. Pero, ¿terminará nuestro agradecimiento con el día? No, de ninguna manera. Nuestro texto nos recuerda un sacrificio más noble, y nos señala el gran fin que se propone el Todopoderoso Jehová, al otorgar tales favores señalados a un pueblo, "para que observen sus estatutos y guarden sus leyes".

Este es el regreso que a todos se nos enseña a orar, para que podamos hacer al Dios Altísimo, el Padre de las misericordias, en el oficio diario de nuestra iglesia, "Para que nuestros corazones sean sinceramente agradecidos, y para que podamos manifestar su alabanza, no solo con nuestros labios, sino con nuestra vida, entregándonos a su servicio, y andando delante de él en santidad y justicia todos nuestros días." ¡Oh, que estas palabras fueran el lenguaje real de todos los que las usan! ¡Oh, que estos estuvieran en nosotros tal mente! ¿Qué tan pronto nuestros enemigos huirían de nosotros? ¡y Dios, incluso nuestro propio Dios, aún nos daría bendiciones más abundantes!

¿Y por qué no debemos "observar los estatutos de Dios y guardar sus leyes"? ¿Nos atrevemos a decir que alguno de sus mandamientos es gravoso? ¿No es el yugo de Cristo, para un alma renovada, en cuanto renovada, fácil; y su carga comparativamente ligera? ¿No puedo apelar al más refinado razonador si la religión de Jesucristo no es una religión social? ¿No tiene la Ley Moral, como la explica el Señor Jesús en el evangelio, una tendencia natural a promover el bien presente y la felicidad de toda una comunidad, suponiendo que les obedecieran, así como la felicidad de cada individuo? ¿De dónde provienen las guerras y los pleitos entre nosotros? ¿De qué manantial brotan todos esos males, bajo los cuales han gemido las edades presente y pasada, sino de un descuido de las leyes y estatutos de nuestro gran y sabio legislador Jesús de Nazaret? Díganme, hombres de letras, ya sea Licurgo o Solón, Pitágoras o Platón, Aristóteles, Séneca, Cicerón, o todos los antiguos legisladores y moralistas paganos, pónganlos todos juntos, ¿alguna vez publicaron un sistema de ética, de cualquier manera, digna de ser comparada con el glorioso sistema establecido en ese libro tan despreciado (para usar la expresión de Sir Richard Steel) llamado enfáticamente las Escrituras?

¿No está escrita la imagen divina y el título sobre cada precepto del evangelio? ¿No brillan con un brillo intrínseco nativo? Y, aunque muchas cosas en ellos están arriba, ¿hay algo contrario a las leyes más estrictas de la recta razón? ¿No es Jesucristo, en las Escrituras, la Palabra, el Logos, la Razón? ¿Y no es su servicio un servicio razonable? Y, si hay misterios en su religión, ¿no son sin controversia grandes y gloriosos? ¿no son misterios de piedad y dignos de ese Dios que los revela? Más aún, ¿no es el mayor misterio que los hombres, que pretenden razonar y se llaman a sí mismos filósofos, que investigan en los arcanos de la naturaleza y, en consecuencia, encuentran un misterio en cada brizna de hierba, sean tan irracionales como para desacreditar todos los misterios de la religión? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el que disputa contra la revelación cristiana? ¿No conspira cada cosa fuera y dentro de nosotros para probar su origen divino? ¿Y no nos animaría el interés propio, si no hubiera otro motivo, a observar los estatutos de Dios y guardar sus leyes?

Además, considerados como pueblo protestante, no estamos bajo las mayores obligaciones de cualquier nación bajo el cielo, para prestar una obediencia alegre, unánime, universal y perseverante a los mandatos divinos.

La forma maravillosa y sorprendente en que Dios llevó a cabo una Reforma, en el reinado del rey Enrique VIII; su continuación en el bendito reinado del rey Eduardo VI; su liberación de las manos sangrientas de la Reina María, y destruyendo las invencibles armas españolas, bajo su inmediata sucesora protestante, la Reina Isabel, su descubrimiento del complot papista bajo el Rey Jacobo; la gloriosa revolución del rey Guillermo y, para acercarse más a nuestros tiempos, su expulsión de cuatro mil quinientos españoles de una colonia fronteriza débil (aunque importante), cuando en cierto modo habían tomado posesión de ella; que nos entregó Louisbourg, una de las fortalezas más fuertes de nuestros enemigos, contra toda probabilidad humana, pero el otro día, en nuestras manos: estas, digo, con la victoria que últimamente ha estado conmemorando, son tales mercedes nacionales, no mencionar alguno más, que nos hará del todo inexcusables, si no producen una Reforma nacional, y nos incitan a todos, con un solo corazón, a guardar los estatutos de Dios, y a observar sus leyes.

¿Necesito recordarles, además, a fin de despertar en ustedes una mayor diligencia para cumplir con la intención del texto, que, aunque la tormenta, en gran medida, se aplaca por el éxito tardío de Su Alteza Real, no nos atrevemos a decir que está completamente desaparecido?

Las nubes pueden regresar nuevamente después de la lluvia; y los pocos rebeldes supervivientes (que ruego a Dios que los evite) todavía pueden enfrentarse a nosotros. Todavía estamos comprometidos en una guerra sangrienta y, con toda probabilidad, tediosa, con dos de los enemigos más empedernidos de los intereses de Gran Bretaña.

Y, aunque no puedo dejar de pensar que sus intenciones actuales son tan inicuas, su conducta tan persistente y sus planes tan directamente despectivos del honor del Dios Altísimo, que ciertamente Él los humillará al final, sin embargo, como todas las cosas en esta vida les suceden a todos por igual, pueden ser por un tiempo instrumentos terribles para azotarnos. Si no es así, Dios tiene otras flechas en su aljaba para herirnos, además del Rey de Francia, de Su Católica Majestad o de un Pretendiente abjurado. No sólo la espada, sino también la plaga, la pestilencia y el hambre están bajo el mandato divino. Quién sabe si no les dirá a todos: ¿Pasad por estas tierras? Últimamente, una peste mortal ha arrasado con una gran cantidad de ganado en el país y en el extranjero. Una enfermedad epidémica similar puede tener la misión de apoderarse de nuestras personas tanto como de nuestras bestias. Así trató Dios a los egipcios: ¿quién se atreve a decir que no nos tratará así a nosotros? ¿No ha dado ya algunos síntomas de ello? ¿Qué gran número de personas del continente se han llevado últimamente el flujo sanguinolento, la viruela y la fiebre amarilla? ¿Quién puede decir qué otros juicios están aún por venir? Sin embargo, esto es cierto, la vara aún pende sobre nosotros: y creo que se concederá por todos lados, que, si tales diversas dispensaciones de misericordia y juicio no enseñan a los habitantes de cualquier tierra a aprender justicia, solo los madurarán a ellos para mayor ruina.

Permítanme, por tanto, despedirlos en este momento con aquella solemne y terrible advertencia y exhortación con que el venerable Samuel, en una ocasión pública, se despidió del pueblo de Israel: "Solamente temed al Señor y servidle de verdad, con todo tu corazón: porque considera cuán grandes cosas ha hecho por ti. Pero si todavía hacéis el mal, [no diré como dijo el Profeta, seréis consumidos; pero] no sabéis que podéis provocar al Señor Todopoderoso para que os consuma a vosotros y a vuestro rey". Lo cual Dios en su infinita misericordia previno, por amor de Jesucristo, a quien, con el Padre y el Espíritu Santo, tres personas, pero un solo Dios, sea todo honor y gloria, ahora y por los siglos de los siglos. Amén, amén.